

CAPITULO III

EL BIEN, SUPERIOR Á LA INTELIGENCIA

- I. El Bien no es la inteligencia.—II. Cómo el Bien, por la infinidad de las determinaciones de su ser, es para nosotros indefinidamente determinable.

I

La esencia y la verdad forman una sola cosa; no hay verdad fuera de la esencia; la esencia es la determinación considerada en sí misma; la verdad es la determinación considerada como inteligible. Ahora bien; la verdad no es inteligible por accidente, sino por esencia; es, pues, eternamente entendida por la inteligencia, y esta relación constituye la Ciencia en sí.

El Bien, ¿es la inteligencia? Platón ha respondido ya á esta cuestión en el *Filebo*, la propone de nuevo y la resuelve de la misma manera en la *República*. «No ignoras que la mayoría de los hombres hacen consistir el bien en el placer, y otros más refinados en la inteligencia. Sabes también que los que profesan esta última opinión no pueden explicar lo que es la inteligencia y que al fin se ven reducidos á decir que se confunde con el Bien.» Tal es, en efecto, el círculo vicioso de los que hacen residir el bien en la ciencia; porque la ciencia no se comprende por sí misma y su-

pone necesariamente un objeto. Luego el objeto de la ciencia, más bien que la ciencia, es lo que merece ser llamado el bien. Preguntad á los que llaman bien al conocimiento, de qué conocimiento hablan; y os responderán: del conocimiento del bien. «Sí, y esto es muy chistoso.—¿Y cómo no había de ser chistoso, por su parte, echarnos primero en cara nuestra ignorancia con respecto al bien y hablar después de él, como si le conociésemos? Dicen que esto es la inteligencia del bien, como si nosotros estuviésemos obligados á entenderles desde el momento en que pronuncian la palabra *bien*.—Pero los que definen la Idea del bien por la del placer, ¿caen en menor error que los otros? ¿No se ven forzados á confesar que hay placeres malos, y que, por consiguiente, que las mismas cosas son buenas y malas?» No se trata solamente aquí del bien moral, de lo justo, sino del Bien en sí, que es el principio de la justicia como de todas las demás Ideas. Ni el placer, ni la inteligencia, puedan dar su definición.

En realidad de verdad, el Bien es indefinible. Llamarlo placer ó felicidad, es confundirlo con su efecto sobre la sensibilidad. Llamarlo inteligencia ó ciencia, es invertir el orden de las Ideas y poner la inteligencia antes de lo inteligible. Asimismo, el Bien no es la belleza, porque la belleza es solamente el esplendor del Bien. El Bien no es lo justo, porque el bien moral deriva del Bien en sí, al cual es inferior en extensión. El Bien no es el ser, porque si se toma esta palabra en su sentido vago, puede designar cosas que no son el Bien, y hasta cosas malas; y si se le toma en su sentido estricto, significa entonces que el Bien es el Ser completo, el Ser perfecto, el Ser bueno; lo cual equivale á decir que el Bien es el Bien. No se puede definir el Bien por el *orden*, porque la idea de orden no se

comprende sin la idea de un fin al cual las cosas se ordenan, y de un tipo de unidad que se esfuerzan por reproducir en el seno de lo múltiple. Llamar al Bien el fin universal, es calificarlo en su relación con el movimiento del mundo sensible; esto no es definirlo, porque falta saber cuál es este fin á que tiende el mundo. Por último, decir que el Bien es la unidad, es expresar el carácter dialéctico en el cual se le puede reconocer, pero no es definirlo; es más bien declararlo indefinible.

Esta imposibilidad de definir el Bien se puede demostrar científicamente, porque resulta, en primer término, de que el Bien es universal. No hay, pues, por encima de él ningún género superior, en el cual se le pueda incluir, como una especie caracterizada por las diferencias. ¿Se dirá que la Idea del ser es más universal aún que la Idea del Bien, y que la dialéctica debería elevarse, para evitar toda inconsecuencia, á la Idea del ser abstracto é indefinido? Es esta una ilusión de lógica en la cual no ha incurrido Platón. Había distinguido con harta precisión, como hemos visto, el sentido vago y el sentido preciso de la palabra *ser*. El Bien no es el ser, en el sentido amplio de esta palabra, sino que es el ser en toda su plenitud. Mas no hemos de decir que el ser en general, designando lo imperfecto como lo perfecto, es superior por su universalidad al Ser perfecto; de donde resultaría que, con superioridad al Ser en sí y al ser derivado, se elevaría una tercera Idea, la del *ser*. Esta es una objeción análoga á la del *tercer hombre* expuesta en el *Parménides*, y Platón la desdenna. Lo imperfecto no tiene más que una existencia derivada, recibida de lo perfecto. Todo el ser que posee se halla eminentemente en el Bien. El Bien tiene, pues, una verdadera univer-

salidad; agregarle el ser de las cosas imperfectas, no sería aumentar su ser; porque lo que pretendiese agregársele, lo poseería ya. La única cosa que no contiene es la limitación y la imperfección; tiene todo lo positivo sin lo negativo. Ahora bien; no se puede concebir, por encima de estos dos términos, un término superior, toda vez que el segundo no existe sino por el otro y no puede ser considerado como una esencia. Luego, fuera de la perfección nada hay positivo, nada que *sea*, exactamente hablando; y elevar, más arriba del Ser absolutamente determinado, un supuesto ser abstracto é indeterminado, que no es otra cosa que el ser mismo, es un simple juego de vocablos. Así se confunden los dos polos opuestos de la dialéctica; el Bien uno y la materia indefinida.

Concluamos, con Platón, que el bien es la universalidad absoluta, último término de la dialéctica, y que es por sí mismo su propia esencia. El Bien es también indefinible bajo otro aspecto. Sabemos que es uno y simple, y que al mismo tiempo es la realidad suprema; por consiguiente, es la absoluta individualidad. Ahora bien; el individuo no se define; toda definición es un análisis, un *número*; ocupa la región intermedia que se extiende entre la unidad absoluta y la multiplicidad absoluta. Pero los dos extremos le escapan; el uno es superior y el otro inferior á la definición, como á la ciencia. Si así es, el bien no puede ser un objeto de conocimiento discursivo, de conocimiento humano, en el sentido propio de esta palabra, aunque sea el principio de todo conocimiento. Todo está esclarecido con su luz, nada es visible sino por él, nada es visible sino en él; pero este sol inteligible tiene demasiado resplandor para nuestras débiles miradas. «Ten por cierto que lo que difunde sobre los objetos del co-

nocimiento la luz de la verdad, lo que da al alma que conoce la facultad de conocer, es la Idea del Bien. Considera esta Idea como el principio de la *ciencia* y de la *verdad* en cuanto que cae bajo el dominio del conocimiento; y que, por hermosas que sean la ciencia y la verdad, no te engañarás pensando que la Idea del Bien *es distinta de ellas* y las *excede en belleza*. En efecto, así como en el mundo visible se puede pensar con razón que la luz y la vida tienen analogía con el sol, del mismo modo, en otra esfera, se puede considerar la ciencia de la verdad como teniendo *analogía con el Bien*; pero no hay motivos para tomar una y otra por el Bien mismo, que es de una jerarquía más elevada... *En los últimos términos* del mundo inteligible está la *Idea del Bien*, que difícilmente es percibida, pero que no se puede percibir sin colegir que es la causa de todo lo que hay de *bello* y *bueno* (1); que, en el mundo visible, produce la luz y el astro de quien esta dimana directamente; que, en el mundo invisible, es la que produce directamente la *verdad* y la *inteligencia*.

No nos admiremos de que el Bien en sí escape á nuestro conocimiento, puesto que, para ponerle obstáculos decisivos, habría menester del Bien mismo. Cosa extraña á primera vista, pero necesaria, como nos lo ha demostrado el *Parménides*; porque el Bien es la suprema determinación, por eso es para nosotros indeterminado. Lo definido y lo definible parecen coincidir en el primer principio; pero esto proviene de la diferencia de los puntos de vista. El Bien es perfectamente definido en sí mismo y para sí mismo; no lo es

(1) Nótese la distinción de lo *Bueno* y del *Bien*; el uno participa del Bien, el otro es el Bien mismo.

para nosotros. Guardémonos, por esto, de confundirlo con su contrario, con lo que es indefnido, no solamente para nosotros, sino en sí. A primera vista, parece que el Bien y la materia, el Ser y el no ser son idénticos, porque producen en nuestro pensamiento la misma oscuridad. Pero Platón ha tenido cuidado de prevenirnos contra esta ilusión. «La vista puede ofuscarse de dos maneras y por dos causas opuestas, por el tránsito de la luz á la oscuridad, ó por el de la oscuridad á la luz.» La oscuridad completa es el no-ser, es la materia indefnida, percibida por una especie de grosero razonamiento: «Apenas es admisible; no hacemos más que entreverla como en un sueño.» Al otro extremo está la Idea del Bien, igualmente invisible porque es la plena luz del Ser. Imaginad una esfera inmensa iluminada con una luz por todas partes igual á sí misma, por todas partes vivísima, sin mezcla de sombras ni colores; el ojo del hombre, en medio de esta luz, estará tan ciego como si estuviese en la oscuridad. Es porque nuestra vista ha menester, para que la visión sea posible, diferencias, distinciones, multiplicidad, una mezcla de luz y de sombra; y así también nuestro espíritu ha menester, para que pueda conocer y definir una mezcla de ser y de no ser, un resto de pluralidad en el seno de la unidad. El filósofo y el sofista son muy semejantes á los ojos de la multitud; el segundo es ininteligible porque se pierde en las tinieblas del no-ser, el primero es incomprensible para el vulgo, porque está en comercio perpetuo con la luz del Ser.

El puro no-ser, nos ha dicho Platón en el *Sofista*, *no puede ser enunciado propiamente, ni concebido en sí mismo; es imperceptible para el pensamiento y para el lenguaje, para la palabra y para el razonamiento. Es,*

por consiguiente, superior al conocimiento. Hemos hallado la misma fórmula en el *Parménides* á propósito de la pura Unidad; pero era en un sentido muy distinto. Lo Uno en sí es incomprendible, porque está por encima del conocimiento. Pero si lo Uno es uno, es también el Ser, y por esto se torna objeto del pensamiento. Parménides se atenia á la primera conclusión; pero, en este caso, lo que era ahora poco la expresión de una verdad, á saber, que el Bien es inefable é inconcebible, se convierte en la refutación misma de Parménides. Porque, en realidad, conocemos y nombramos al Bien. Luego, inaccesible en sí mismo, es, no obstante, accesible por algún respecto. Y esto es lo que se trata de comprender.

II

Observemos primeramente, que una cosa indefinible puede alguna vez describirse y determinarse, aunque incompletamente. Así, se puede describir á Sócrates ó á Simias sin poder ni definirlos ni enumerar por completo la serie de sus caracteres. El Bien universal é individual podrá describirse y determinarse progresivamente por los efectos que produzca y por las Ideas que abarque en su comprensión. Sólo que, siendo esta comprensión infinita, jamás la inteligencia podrá percibirla por completo.

Según Platón, la perfección, comprendiendo en sí todas las cualidades positivas, encierra virtualmente en sí misma una infinidad de determinaciones distintas, de formas y de Ideas. Es una absolutamente y relativamente, es *infinita en número*, dice Platón. Este

repite á cada instante que la Idea, una en sí, parece múltiple por el efecto de relaciones establecidas en su mismo seno, ó por su relación con las demás Ideas. Desde este punto de vista, la plenitud del Bien contiene eminentemente todas las cosas; nada puede existir que no tenga en sí su tipo y su esencia. Poco ha, nada se podía afirmar del Bien; y ahora se puede afirmar todo; todo, digo, excepto lo puro negativo, porque entonces no sería una afirmación, sino una negación; no se hablaría ya del Ser, sino del no ser; del Bien, sino de la materia. Y hasta el principio mismo de la privación debe hallarse en alguna cualidad positiva del Bien.

El *Parménides* nos ha hecho comprender que esta contradicción aparente es la ley necesaria de las cosas y la expresión de la verdad. Si lo Uno es, decía Parménides, sostiene una relación necesaria con el espacio, el tiempo y todas las determinaciones del pensamiento humano: envuelve la multiplicidad, el tiempo, el cambio, el *devenir*. Sí; indudablemente, envuelve todas estas determinaciones, pero de un modo eminente é ideal, porque es la razón y la esencia de todas las cosas, hasta del movimiento, del espacio, del tiempo y de la pluralidad. Sin él, nada es posible; sin él, nada es real. El mismo mundo sensible existe, por consiguiente, en Dios, bajo la forma superior de la Idea; reducido á su principio, se convierte en lo *viviente inteligible*, ἀνορέων, que contiene en sí todas las especies de seres. «Si no podemos percibir el Bien bajo una sola Idea, dice Platón en el *Filebo*, lo percibimos bajo tres Ideas: las de belleza, del orden y de la verdad.» Da así al Bien los nombres de que primero le había despojado, porque se les quería considerar, no como simples calificaciones incompletas del

Bien, sino como una definición completa. Digamos, pues, sin contradicción real, que el Bien es la belleza, y que no es la belleza; que es y no es el orden; que es y no es la verdad, la inteligencia, la ciencia; ó más bien, que es todo esto y algo más todavía.